



REVISTA ESTUDIANTIL DE FILOSOFÍA

Consideraciones sobre la existencia y su quehacer moral

Juan Camilo Perdomo¹
Pontificia Universidad Javeriana (Cali)

Resumen

La pérdida de valores y la crisis moral contemporánea reflejan falta de fundamentos y propósitos sólidos de las acciones prácticas. A partir de una reflexión acerca de la moral kantiana, se pretende evidenciar el olvido del deber moral como acción digna a realizar en la vida. Éste es el fondo de la reflexión, solucionar la cuestión ¿cuál es el quehacer en la vida humana? En sentido kantiano, éste debe ser un quehacer moral hallado únicamente en la acción práctica, consciente y responsable, basado en una ética existencial que considera el cumplimiento del deber como la acción fundamental a realizar a lo largo de la vida humana que, aunque no le provea felicidad absoluta, le permite un sentimiento de satisfacción moral al cumplir con los mandatos que se ha dado a sí mismo.

¹Contacto: jcperdomomorales@gmail.com

Recibido: 25 de septiembre de 2018

Aceptado: 12 de noviembre de 2018

Palabras Clave: Existencia, Consciencia, Moral, Deber, Acción.

Abstract

The loss of values and the contemporary moral crisis reflects lack of solid foundation and purpose of practical actions. From a reflection on the kantian morality, we try to demonstrate the forgetfulness of the moral duty as a worthy action to realize in life. This is the background of the reflection, to solve the question, what is the what-to do in human life? In a Kantian sense, this must be a moral-doing found only in practical action, conscious and responsible, based on an existential ethic that considers the fulfillment of duty as the fundamental action to be carried out throughout human life. Although it doesn't provides you with absolute happiness, it allows you a feeling of moral satisfaction when fulfilling the mandates given to himself.

Keywords: Existence, Consciousness, Moral, Duty, Action.

Con o sin legítima causa, es padecido el peso de la existencia. La coincidencia entre ventura y desgracia, sufrimiento y dicha, parecen una mofa de la vida hacia el hombre que, con tal disparate, reclama ante una “bondad divina (...) los dolores padecidos en este mundo” (Kant, 2011, p.25). Más aún, si el mal no predominara sobre el goce o el placer, bastaría tan solo un breve sentimiento de dolor o tedio para cuestionar el sentido de la vida (Kant, 2011, p.27), o, al menos, para poner en duda su valor y cimientos.

La preocupación suscitada radica en “la carencia elemental de su razón de existencia, que se refleja en la carencia de una prefiguración clara del sentido de la vida” (Blumemberg, 2011, p.474), pues, en su carácter contradictorio, no logra encontrar ni finalidad, ni fundamento para su existencia o para sus acciones en ésta. La confrontación ante la insuficiencia de sentido provoca una suerte de perplejidad y congoja que, ante tal desconcierto, intenta responder planteando preguntas respecto a sí y a su vida, con el impetuoso anhelo de comprender su propia existencia, su actuar y propósito con una indagación antropológica existencial.

Unamuno exponía ya el carácter de la filosofía, especialmente de la kantiana, como una cuestión antropológica que intenta comprender la existencia humana, según sus palabras, tal es "el único verdadero problema vital, del que más en las entrañas nos llega" (Unamuno, 2008, p.10). Verbigracia, el '¿qué es el hombre?' kantiano esconde una preocupación por la condición humana, una pregunta por la totalidad del hombre que abarca su conocimiento, sus acciones, su destino y su existencia; una investigación del 'juego de penalidades'² que parte de aquel que, en capacidad de indagar, indaga sobre sí mismo, se conoce y actúa.

No obstante, filósofos como Thomas Nagel consideran la indagación sobre el quehacer o el propósito existencial, una inocua e improductiva tarea porque aun con las contradicciones halladas, "vale la pena vivir la vida incluso cuando los elementos negativos de la experiencia son abundantes o cuando los elementos positivos son demasiado escasos como para superar por si mismos a los negativos" (Nagel, 2000, p.20). Mas, sean vanas o no las interpelaciones sobre el quehacer, oprime la predilección de vivir a pesar de las dificultades resulta arduo negar, incluso para él mismo, que "la mayoría de las personas sienten en ocasiones que la vida es absurda" (Nagel, 2000, p.34) o el "sentimiento de que la vida carece de sentido" (Nagel, 2000, p.35); conmoción que, por ejemplo, ha provocado antaño en el país, la ardua búsqueda de un método "para curarse de la vida. (...) – debido a– 'el peso de la existencia' o 'las congojas del vivir'"³.

Empero, Nagel (2000) queriendo hacer inofensiva la cuestión, indica que dichos sentimientos carecen de explicación de "por qué la vida es absurda" (p.34), obviando el hecho de que la explicación es eludible cuando la conmoción ha encontrado refugio en el corazón humano, y aun así, demanda:

Regresar a nuestras vidas, como tenemos que hacerlo (...) resulta inútil murmurar: la vida no tiene sentido... la vida no tiene sentido, como acompañamiento a todo lo que hacemos. Al seguir viviendo, trabajando y esforzándonos, nos tomamos en serio nuestras acciones. (Nagel, 2000, p.48)

Su solución no da respuesta alguna, deja en el hombre un remanente insoportable de la cuestión, pues su propuesta se reduce a pretender ignorar un sentimiento tan profundo con la imposición de

² Kant define la vida como "un juego en perpetua lucha con puras penalidades" (Kant, 2010).

³ Recuperado de periódico "El Colombiano", 11 de octubre de 1936.

continuar viviendo una vida privada de sentido y carente de fundamento para la acción. Si el hombre continúa así su vida, lo hace tan solo en el sentido de Blumentberg (2011), de un hombre que “vive a pesar de...” (p.473).

El escepticismo de Nagel, sin embargo, no es la única fórmula que hace gala de responder a la cuestión existencial con el desconocimiento, también el quietismo o apatía, la inacción de ‘El Extranjero’ o de ‘Final de Partida de Beckett, –plagado de silencio, inmovilidad y desidia–, es una forma escéptica en un mundo cada vez más desprovisto de virtudes.

Una vida carente de sentido intenta hallar una suerte de atenuantes, por ejemplo, el automatismo de acciones mecánicas concluye, en ocasiones, con el acortamiento voluntario de la vida o suele enfrentarse con la exageración de la individualidad, irrefutable en la frase de Beckett “el tiempo que debemos pasar en la tierra es demasiado corto para que podamos ocuparnos de algo más que de nosotros mismos” (citado en Cioran, 1991, p.113), con un espíritu hedonista tan propio del fracaso moral, enfocado en quehaceres y acciones banas y efímeras, en busca de aparentes felicidades o éxitos.

En Antropología (2015), Kant no niega ni esconde la cuestión y escribe:

el sentir repugnancia de la propia existencia por tener vacío de sensaciones (...) por el aburrimiento, en el que se siente a la par el peso de la inercia, esto es, del hastío de toda ocupación que pueda llamarse trabajo y acabar con aquella repugnancia, por ir unido con molestias, es un sentimiento sumamente ingrato, cuya causa no es otra que la natural inclinación a la comodidad (...) inclinación engañosa, incluso con vistas a los fines que la razón impone como ley al hombre (Kant, 2015, p.70).

Según advierte Kant, tal sentimiento de congoja o vacío, siendo o no engañoso, hace olvidar al hombre la acción moral que la razón se otorga a sí misma, en beneficio de una vida, aparentemente cómoda, una vida ‘a pesar de...’. Pero, más allá de esta fácil conveniencia, los sentimientos de desconsuelo pueden interpretarse, a su vez, como una “sabia implantación” (Kant, 2015, p.71) en el hombre, pues de allí parte la indagación sobre sí y su existencia, como los cuestionamientos por un propósito, o al menos, un fundamento de sus actos. Por ello, si se ahonda en estos sentimientos, ellos pueden servir “incluso para salvar la virtud o llevar a ella” (Kant, 2015, p. 71).

Ni el desconsuelo, ni la pregunta que nace del sinsentido son, en ningún caso, una cuestión bizantina. La indagación del hombre por sí mismo como *Inspectio Sui*, permite encontrar en la moralidad el fundamento de sus actos y su quehacer en la vida. Así, ante el horizonte de posibles motivos que rijan sus acciones en la existencia, la inspección de sí encuentra respuesta en un puntual que la razón se otorga a sí misma, el deber moral; deber que se origina a partir de una autoconsciencia, un “sentirse a sí mismo” (Kant, 2015, p.35), que afirma el ‘yo’, en un proceso por el cual el hombre es consciente de sí, de su capacidad libre, autónoma y autodeterminada para actuar en el mundo.

En uno de sus aforismos (K.74), Lichtenberg (2006) afirma al respecto: “uno de los mayores puntuales de la filosofía kantiana es la consideración, indudablemente cierta, de que también nosotros somos algo”, observación que Unamuno (2008) calificaría de 'logro inmortal' de la filosofía Kantiana (p.17) al lograr que el hombre se reconozca como ser consciente de sí, en tanto la afirmación "Yo soy, yo pienso" (Kant, 2014, p.85) da cuenta de "pensamientos –que– están en mi (...) –de– la conciencia del pensar" (p.85), es decir, quien piensa y percibe es consciente de su identidad, de estar, percibiendo y pensando, es decir, existiendo en un mundo en el que actúa. Con todo, Kant escribe:

La proposición «Yo pienso», en la medida en que afirma que existo pensando, no es una simple función lógica, si no que determina el sujeto (que entonces es, al mismo tiempo, objeto) en relación con su existencia. (KrV B429)

Haciendo de la conciencia de sí, una capacidad racional que comprende la realidad, que implica la doble propiedad humana, habitar la sensibilidad material y el entendimiento puro (GMS 450). La conciencia deviene en un conocer que se tienen una serie de impresiones, estados, procesos, representaciones y pensamientos, es decir, de la autoconsciencia, porque saber que tengo una representación es saber que *yo* tengo una representación, es decir que soy consciente de ambas cosas, tanto de ser diferente al objeto que me represento, como también de ser y verme afectado. Estar dotado de razón y entendiendo en un mundo que lo afecta y en el que actúa, significa para Kant, que el hombre se halla inmerso en dos dimensiones (GMS 450), una de la sensibilidad y otra del entendimiento. En este sentido, la posibilidad de actuar en la realidad, revela una voluntad originada en ambas dimensiones, en tanto le presenta la posibilidad de obrar afectado por la mera sensibilidad, dirigido a fines apetitivos por inclinación y automatismo –heteronomía–, o por medio

de una 'buena voluntad,' nacida del entendimiento, de la autonomía y libertad de un acto como fin en sí mismo, "independiente de causas ajenas que la determinen" (GMS 446:10), regido por leyes independientes y máximas racionales bajo la cuales obra, sobrepasando todo influjo sensible en la acción⁴ (GMS 452:20) y existencia animal, es decir, un "ordenamiento mecánico de su existencia animal" (Kant, I. 2010, p. 44).

Rebasar tal ordenamiento, evidencia para Kant que las acciones dirigidas a la satisfacción deseos e inclinaciones, sin consciencia moral, son un atentado contra sí y la humanidad al no constituir ningún bien real. No obstante, ello no refiere a una extrema ascética moral. La propuesta kantiana es la carencia del sentido observado por Nagel, en la ambición y la felicidad como teleología de la existencia, dado que "las vidas de muchas personas –afirma– son absurdas de manera temporal o permanente, por razones convencionales que tienen que ver con sus particulares ambiciones" (Nagel, 2000, p.38), haciendo contradictoria la vida solo por la "colisión entre nuestras expectativas (...) una colisión entre nosotros mismos" (Nagel, 2000, p.44).

Otrora Kant, había demostrado que las causas de la infelicidad⁵ son la búsqueda, con sus actos, por satisfacer sus apetitos e inclinaciones, de manera que "la mayor preocupación de cada humano en dar sentido a su propia existencia –y– plena realización (la idea de una vida buena) es un mero desiderátum" (Carrillo, L. 2015, p.25). Mas, el empeño moral kantiano consiste en encontrar un principio racional, universal y necesario que rijan las acciones humanas. Así, el deber como fundamento de las acciones en la vida es entendida como la acción que nace de una voluntad autónoma, tomando en consideración el hombre y la humanidad como fines y nunca como medios. La naturaleza de la acción moral es pues desinteresada, por lo cual, un desconsuelo provocado por

⁴ No se afirma aquí una reflexión consciente y moralmente permanente de todas las acciones realizadas, no sería posible ser totalmente reflexivo de actos como respirar o dormir, más sí debe haber un índice de consciencia en acciones que pueden realizarse incumpliendo el deber moral, verbigracia, si para disfrutar debo lastimar a alguien el acto reflexivo indica que no debo hacerlo.

⁵ En la *Crítica de la Razón Pura* (2013) y la *Fundamentación a la Metafísica de las Costumbres* (1996) se define la felicidad –terrena– como mera unión de todas las inclinaciones (KrV A800 B828), sentimiento del cual "el hombre no se puede hacer un concepto determinado –universal– y seguro de la suma de la satisfacción de todas las inclinaciones bajo el nombre de felicidad" (GMS 399:10). Razón por la cual Kant escribe: "si un ser que tiene razón y una voluntad su conservación, su bienandanza, en una palabra, su felicidad fuese el auténtico fin de la naturaleza, ella habría tomado muy mal su acuerdo" (GMS395:9).

causa de la infelicidad resulta absurdo; las acciones desinteresadas representan "independencia de la voluntad respecto de la imposición de los impulsos de la sensibilidad" (KrV A534 B562).

Sin embargo, aquellos próximos a "la dirección del mero instinto natural, no conceden a su razón mucho influjo sobre su conducta"⁶ (GMS 396: 4), creen como posible sentido de su existencia y de las acciones en ella, la búsqueda de una felicidad, que al resultar imposible, hacen de sí mismos una carga, porque como se afirma en *El fin de Todos los Tiempos* (Kant, 2010), "de hecho, y no sin causa los hombres sienten el peso de su existencia, aunque ellos mismo son esa causa" (Kant, 2010, p.130).

No hay, empero, una negación de la felicidad, el goce o el disfrute en la vida humana. Éstas son apenas posibilidades en un océano que abarca también tristeza y dolor. Pero, en la acción moral, al ser ella misma su único fin, se prescinde de la felicidad al encontrar:

un propósito de la existencia distinto y mucho más digno para el cual, y no para la felicidad, está destinado muy propiamente la razón, y a la cual como condición suprema, tiene por ello que posponerse en su mayor parte el propósito privado del hombre. (GMS 396:11)

Igualmente, si como postula Kant (1989 B):

los impulsos de naturales suponen –, por tanto, obstáculos al cumplimiento del deber en el ánimo humano y fuerzas que oponen resistencia; el hombre tiene que juzgarse capaz de luchar contra ellas y vencerlas mediante la razón (...) es decir, poder aquello que la ley ordena incondicionalmente que debe hacer. (p.229).

Desligando de éstos un quehacer de la vida basado en alcanzar bienes materiales o en la complacencia de apetitos que se dan por heteronomía y no por autonomía. No obstante, posturas éticas contemporáneas como la de Mosterín, preponderan la individualidad y proponen como fin de la vida y de las acciones, la consecución de un *telos* eudaemónico. Mosterín (2008) sostiene que "Lo que da sentido a una acción es el fin con ella perseguido (...) El sentido de esa acción consiste precisamente en su contribución a los fines del agente." (p.45). Fines que dirigen la acción y la racionalidad a la consecución de bienes, diferente para cada agente, basada en los intereses y

⁶ El conocimiento de si implica ser consiente no solo de su racionalidad, sino de su libertad, autonomía y autodeterminación, logrando sobrepasar su animalidad.

bienestar propios (Mosterín, 2008, p. 51). A su vez, afirma que, quien obra moralmente o encuentra en la acción moral el quehacer de su vida, prescindiendo de sus propias inclinaciones, es un santo o un héroe, un díscolo que se olvida de sí y no actúa racionalmente⁷ (Mosterín, 2008, p. 52).

¿A dónde ha llegado el género humano para considerar como ángel o santo aquel que hace de lo correcto el fundamento de las acciones en su vida, tal y como su propia naturaleza se lo exige? Priorizando animalidad sobre razón, voluntad atada sobre la libre, el bienestar al que apunta Mosterín como quehacer del hombre (2008) lo define como dependiente de,

condiciones objetivas que determinan su supervivencia, su salud, su ausencia de dolor y el despliegue de sus capacidades y actividades características. El bienestar del humano estriba también en la satisfacción de una suerte de intereses característicos: supervivencia, seguridad, salud, libertad, dinero, tranquilidad, compañía, conversación, amistad, amor, sexo... (p.101).

Más allá de un bienestar y el fundamento de la acción y la vida basado en el ego, hay también un quehacer moral, que a diferencia de lo que piensa Mosterín, parte inevitablemente de la consciencia y el conocimiento de sí. De allí que para Kant, “el primer mandato de todos los deberes hacía sí mismo –es el– (...) conócete a ti mismo (exáminate, sondéate)” (Kant, 1989 B, pp.306), porque solo a través del conocimiento de sí, de la consciencia, el hombre se ha hecho dueño de sí, *compos sui*, conociendo su capacidad para una buena voluntad.

Esta inspección interna la define Kant como un “examina tu corazón⁸ –que implica un– autoconocimiento moral” (Kant, 1989 B, p.307) y es requisito, condición como lo escribe Kant, de la moralidad. A pesar de ello, Mosterín acierta que negar la satisfacción de las necesidades básicas y materiales propias de la vida humana, como comer, dormir, etc., es un equívoco. Pero, hacer de los apetitos e inclinaciones, de una aparente felicidad, el quehacer de la vida humana, no solo es inconstante, es también improductivo.

⁷ Una conducta racional, explica Mosterín (2008) "consiste, pues, en la exploración, aclaración y explicación consciente de los propios fines" (pp.51) de la “asunción de los propios intereses en el sistema de fines; es decir, el bien propio ha de ser uno de nuestros fines últimos" (p.52). porque "no somos ángeles ni espíritus puros. Somos organismos" (p.305)

⁸ También lo define como un “penetrar hasta las profundidades del corazón”. (Kant, 1989 B).

Lledó (2015) llega a esta misma conclusión. No se puede negar el goce o elementos como el dinero que permiten un bienestar humano, pues "para estar bien se necesita una vivienda, no pasar hambre, tener solucionada la vida del cuerpo",⁹ pero no hay que hacer de ellos el fundamento de la existencia, en la codicia humana se halla la "raíz del mal"¹⁰ y por sobre un cómodo bienestar debe haber un "bien ser" que nace de las prácticas morales. Por ello, el hombre que Mosterín defiende, en palabras de Kant, obra reduciendo:

todos los fines a sí mismo –y– no ve más provecho que el que hay en lo que le aprovecha, y que incluso como eudaemonista pone meramente en el provecho y en la propia felicidad, no en la idea del deber, el supremo fundamento determinante de su voluntad. (Kant, 2015, p.37).

Jenofonte (1993), en la misma línea, consideraba el dinero como posible bien, aunque también puede dirigir al mal. Quien sepa administrarlo, es decir, emplearlo racionalmente, puede sacarle provecho para sí y para los demás. Jenofonte parece apuntar a que quienes no trabajan o emplean sus capacidades racionales no son dueños de sí, pues están sometidos al dominio de amos invisibles la "maldad, la holganza, la cobardía moral y la desidia" que según Critobulo les impide traer bienes. A estos tipos de la naturaleza humana, Jenofonte (1993) les agrega "la gula, otros de la lujuria, estos de la embriagues, aquello de ambiciones estúpidas y costosas, todo lo cual domina con tal dureza a las personas que han caído en sus garras" (pp.217-218). Este es el mismo sentido al que parece apuntar Platón en las primeras páginas de *La República*:

Encontrándose en cierta ocasión con el poeta Sófocles, como le preguntaran en mi presencia, si la edad le permitía aun gozar de los placeres del amor, «Dios me libre, respondió, hace largo tiempo que he sacudido del yugo de ese furioso y brutal tirano» (Platón, *La República*, 329c)

No se trata de cohibir, de una ascética, es tener conciencia que una vida basada solo en deseos es infructuosa. En un sentido aristotélico, aquí no se niega, por ejemplo, la riqueza, pero esta es deseable con mesura y buena voluntad, es decir una riqueza que no se exceda ni por exceso o defecto. El bien es obrar acorde a su racionalidad, considerándose a sí y a los otros, porque, si como apunta Jenofonte, debe evaluarse si los placeres o bienes aparentes son engañosos, pues al final de

⁹ Entrevista recuperada de <https://lecturassurgidas.com/2014/06/27/emilio-lledo-la-raiz-del-mal-esta-en-la-ignorancia-el-egoismo-la-codicia/>

¹⁰ Advierte Lledó: "no necesitas mucho para vivir, no hacen falta tres yates y cinco casas"

cuenta si no se es capaz de controlarlos, no hay capacidad de dominio, apartan al hombre de actividades útiles para sí y la sociedad y solo conllevan dolor.

No encontrando solo en el goce el valor de la vida, la propuesta kantiana encuentra un objetivo en ella, una teleología de la moral, racional y consciente, no es egoísta (Kant, 2015, p.37) aun cuando surge del yo, toma la humanidad en general como fin en sí mismo. El quehacer del hombre reside así en el cumplimiento del deber, el valor moral y la correcta acción, señalada racionalmente por una voluntad libre y autónoma, a la que ha llegado consciente de sus capacidades, que le permite sobrepasar la culposa incapacidad, es decir, la comodidad de actuar sin consciencia (Kant, 2010, p.26).

En síntesis, en este autodescubrimiento, cuando el hombre es consciente de sí, se conoce a sí mismo, se ha inspeccionado y examinado, sabe que es tanto sujeto material como ser pensante, habitante de dos mundos, un yo que posee razón y que puede actuar por sí mismo, responsable y auto determinadamente, en el mundo y el tiempo en que habita. Al respecto escribe Kant (1989 B):

En la conciencia de un deber hacia sí mismo el hombre se considera, como sujeto de tal deber, en una doble calidad. Primero como ser sensible, es decir, como hombre (como perteneciente a una de las especies animales); pero luego también como ser racional (...) en la que se hace patente la propiedad inconcebible de la libertad por el influjo de la razón sobre la voluntad internamente legisladora. Ahora bien, el hombre como ser natural dotado de razón, puede ser determinado por su razón, como causa, a realizar acciones en el mundo sensible (...) como un ser dotado de libertad interna, se considera (conoce de sí mismo) como un ser capaz de obligación y particularmente, de obligación hacia si mismos, de modo que el hombre (considerando en el doble sentido) puede reconocer un deber hacia sí mismo, sin caer con contradicción consigo. (p.276)

Mo-Yan recuerda el día en que su madre fue golpeada por un guardia, décadas después "con calma –ella dijo– Hijo, aquel señor que me pegó y este señor mayor no son el mismo". ¿Qué significa que el guardia no sea el mismo? No es una contradicción a la identidad, el punto de la madre refiere a la conciencia de sí. Aquel hombre que golpeó una mujer indefensa por no acatar una orden, aunque actuó racionalmente al decidir golpearla, actuó con una voluntad heterónoma,

regida por una pasión, y no autónomamente, como la razón lo exigía¹¹. Ante dos posibilidades, la de golpear o no hacerlo, el guardia tuvo el tiempo de inspeccionar sus capacidades, de observarse, porque antes de su labor como guardia se encuentra obligado al cumplimiento de las exigencias de máximas, verbigracia, el de no tomar la mujer como medio si no como fin, de hacer de su acto un acto universal ya que, como todos, él "goza de la capacidad de determinarse espontáneamente a sí mismo con independencia de la imposición de los impulsos" (KrV A534 B562).

Los bienes materiales o el gozo pasajero aun siendo efímero e imprevisibles, ciertamente dan alivio y regocijo a la vida¹², mas su capacidad de otorgar sosiego es un logro indirecto, "pues la falta de satisfacción con el propio estado, es un apremio de muchas preocupaciones y en medio de necesidad no satisfechas, podría facilitar convertirse en una gran tentación transgredir los deberes" (GMS 399:4), y "lo que constituye (...) mi deber no es mi felicidad, si no mantener la integridad de mi moralidad" (Kant, 1989 B, p.240), por ello, el "conócete a ti mismo se evalúa en relación a tu deber (...) —a— si la fuente de tus acciones es pura o impura y qué puede atribuirse al hombre mismo" (Kant, 1989 B, p.307)

La conciencia y libertad requieren de "dos elementos: ser dueño de mí mismo y dominarse a sí, es decir, reprimir los propios afectos y dominar las propias pasiones." (1989B p.265), lograda sólo a través del auto conocimiento que la hace emerger como parte de la consciencia moral, responsable con sus actos no solo de sí, si no de la humanidad en general. A pesar de ello, no todos los hombres logran la capacidad de consciencia de sí. La comodidad mecánica, los efímeros placeres, les hace obviar su tarea moral¹³ y ante las adversidades de la vida, propias de una vida dedicada a ello, aparece el desconsuelo. Por ejemplo, en el verano de 1791, Marie von Herbert escribe una misiva a Kant buscando en él respuestas ante los tormentos de la vida. Las cartas de von Herbert resultan

¹¹La conciencia de sí implica una voluntad autónoma y acorde a la razón, formal y pura sin determinación natural, mecánica o pasional que, de actuar incorrectamente, incoherente a las leyes de la razón, se arrepiente. En esta línea Nabokov (2014) escribe: "«Solo hay dos cosas que realmente existen, la muerte propia y la propia conciencia» Lo bonito de la humanidad es que a veces uno puede no darse cuenta de estar obrando bien, pero uno siempre se da cuenta cuando actúa mal".

¹²Motivo por el cual resulta ardua la tarea de sobrepasar la culposa incapacidad (Kant, 2010, pp.26).

¹³Los hombres "como seres naturales racionales, que son suficientemente impíos como para poder tener ganas de transgredir la ley moral, a pesar que reconocen su autoridad misma (...) Ahora bien, puesto que el hombre es un ser libre (moral), el concepto del deber no puede contener más que la auto coacción, si consideramos la determinación interna de la voluntad" (Kant, 1989 B, p.229).

esclarecedoras en cuanto al sentimiento de angustia, tedio y carencia del sentido a la vida, y poseen, a su vez, una significación existencial nacida de la filosofía kantiana en la que busca cobijo y alivio.

En una de sus epístolas escribe a Kant: “Esto atormentada por un aburrimiento que hace mi vida inaguantable (...) Tengo una sensación de vacío que se extiende dentro de mí y en todo mi alrededor”¹⁴ (Zweig, A. 1999, pp.451). La respuesta de Kant, brinda un análisis del valor de la existencia que reside en la acción moral, por lo que la infelicidad de Herbert era producto de no haber logrado satisfacción terrena, reprochada por Kant al sobrestimar inclinaciones que ocultan el verdadero valor de la moralidad, pues al hombre tropezar en la vida:

Debe cumplirse con compostura, dado que el valor de la vida, en tanto consiste en el disfrute que podemos obtener (...) es generalmente sobreestimado, mientras que la vida, en la medida en que se aprecia por el bien que podemos hacer, merece el mayor respeto y la mayor atención para conservarlo y usarlo alegremente para buenos fines.¹⁵ (Zweig, A. 1999, p.413).

Pese a esto, no existe una relación entre el cumplimiento del deber con las satisfacciones de la vida (KpV <158> [89]), la decepción “encuentra su caldo de cultivo entre quienes todo lo basan en la felicidad –y– (...) el verse privado de ello, suele dar paso a la aflicción y melancolía” (Kant, I. 1988, p.195). Hacer el bien, forjar la virtud para el cumplimiento del deber ‘que podemos realizar’¹⁶ contiene en sí mismo no un sentido, sino un quehacer existencial que otorga una suerte de satisfacción al cumplirlo y realizarlo, escribe Kant en su epístola, merece el más alto respeto y esfuerzo. Herbert, a pesar de esto, afirmó, tras leer *Fundamentación a la Metafísica de las Costumbres*, “la conclusión que tuve que extraer de su teoría me detiene, está mal para mí morir a causa de que mi vida está atormentada, y se supone que yo debo vivir”¹⁷ (Zweig, A. 1999, p.380), la melancolía de la cual era presa y el tedio del automatismo conllevó a su suicidio¹⁸.

¹⁴ Cita original: “I’m tormented by a boredom that makes my life unbearable [...] I get an empty feel in that’s extends inside me and all around me.”

¹⁵ Cita original: “Must meet it with composure, since the value of life, insofar as it consists of the enjoyment we can get [...] is generally over- estimated, whereas life, insofar as it is cherished for the good that we can do, deserves the highest respect and the greatest solicitude in preserving it and cheerfully using it for good ends.”

¹⁶ Escribe Kant “that we can do” (Zweig, A. 1999).

¹⁷ Cita Original: “the conclusión I had to draw from your theory stops me, it is wrong for me to die because my life is tormented, and I am sopoosed to live”

¹⁸ Herbert: relata: “I want only one thing [...] to short this so useless life on mine, a life in which I am convinced I shill become neither better nor worse” (Zweig, A. 1999, p.452).

Kant arguye en sus *Lecciones de Ética* (1988), que el argumento del suicida es suponer “una forma de sustraerse ante las calamidades de la vida –siendo por ello– preferible poner término a la misma” (Kant, I. 1988, p.189). No obstante, es importante considerar que: “el suicidio es algo aborrecible e ilícito no porque la vida sea un bien” (Kant, I. 1988, p.192). Kant parece apuntar a que una aparente banalidad de la vida no desmerita el quehacer moral, el caso de Herbert revela que “no es necesario ser feliz durante toda la vida, pero sí vivir con dignidad” (Kant, I. 1988, p. 192). La conciencia hace que el hombre conozca su capacidad de sobrepasar las inclinaciones para percibirse como un ser cuyo propósito es la tarea moral. Si el hombre que enfrenta decepciones en la vida lo entiende como terminación, no ha comprendido que son las propias desdichas las que le dicen que allí no es el lugar donde buscar un sentido de la acción. El dolor soportado en la vida, vislumbra el quehacer moral, aceptando que el "dolor es alicante de la actividad y en esta sentimos, ante todo nuestro vivir; sin él se diría una falta de vida" (Kant, I. 2015, p.71) y permite "la virtud o llevar a ella". (Kant, 2015, p.71). Por esto, concluye Kant:

en nuestras manos está el no echarlo todo a perder: si aceptamos los bienes de la vida tal y como los recibimos y estamos satisfechos con la providencia divina, no dejaremos resquicio alguno para la miseria y el infierno. Aquél que, aunque se halle inmerso en la desgracia y no pueda hacer nada por modificar su situación y lleva ese infortunio alegre y sosegado, no es desdichado; pero quien se cree desdichado lo es ya de hecho. (Kant, 1988, p.186)

Sin embargo, no se postula aquí una proporción de a mayor desgracia mayor cumplimiento del deber moral. El *quid* de la cuestión es apuntar a que las adversidades no son un estar derrotado, un motivo para la inacción o para la acción que no considera la moral. Por el contrario, los infortunios pueden ser posible alicientes para la consciencia de si, para encontrar en la acción moral el quehacer de la vida, y esto puede entenderse como un “descender en los infiernos del autoconocimiento” (Kant, 1989 B, p.303) para mostrarle al sujeto que “ni el infortunio, ni un destino adverso debe desalentarnos para continuar viviendo (...) dignamente como corresponder hacerlo a un hombre” (Kant, I. 1988, p.194).

Un ejemplo de esta actitud kantiana, basada en el cumplimiento del deber como quehacer de la existencia humana, puede observarse en el caso Snowden. Su vida giraba en torno a una contradictoria situación, su trabajo y su familia le proveían satisfacción y tranquilidad material, pero sufría, a su vez, de angustia al conocer, de cerca, la violación a los derechos ciudadanos por

parte de su Gobierno. Aun satisfecho, su conciencia moral le obligaba exponer ante la Nación aquello que consideraba un abuso de poder fuera de control¹⁹ y temiendo por su vida y familia, la situación resultaba, simplemente, una ‘cuestión de principios’, de compromiso moral, porque su denuncia podría valer el progreso humano, construyendo una sociedad informada, democrática y protectora de sus derechos.

Si bien, su correcta acción no le conllevó felicidad y por el contrario lo llevó al exilio; le otorgó, al actuar correctamente, una satisfacción de haber hecho lo correcto y cumplido con su deber, encontrando en la moralidad una suerte de consuelo, de satisfacción por haber vivido una vida virtuosa sin determinaciones, al aceptar la vida con sus desgracias y goces, soportándola tal y como es, “aquel que en su desdicha mantenga un talante estoico” (Kant, 1988, p.186), obra acorde a lo que en su autónoma libertad se dicta, haciendo de la moral su quehacer existencial, resumido por Kant en un pasaje de la *Crítica de la Razón Práctica*:

Un hombre justo ante la más grande desgracia de la vida, que podría haber evitado tan solo con haber podido faltar a su deber, ¿no se sostiene gracias a la conciencia de haber mantenido y honrado en su persona la dignidad propia del género humano, de no tener nada que avergonzarse de sí mismo y de no temer la mirada interna del examen de conciencia? Esta consolación no es felicidad, ni si quiera la más mínima parte de ella; porque nadie desearía tener la ocasión de probarlo, quizá ni siquiera desearéis vivir en tales circunstancias. pero él vive y no puede soportar ser, ante sus pros ojos, indigno de la vida. Esta paz interior es, pues, meramente negativa respecto de todo lo que puede hacer que la vida sea agradable; es decir, aleja el peligro de menguar en el valor personar después de que se ha renunciado completamente al valor de las propias circunstancias. Es el efecto de un respeto hacia algo totalmente distinto de la vida: en comparación y en contraste con él, la vida con todo su agrado no tiene absolutamente ningún valor. Él vive únicamente por el deber, no porque no tenga el más mínimo gusto por la vida. (KpV [88] <157>).

Quizás este es el mismo sentido de *Lanuzza*, o de Kurosawa en *Ikiru* (1952), que ejemplifica esta actitud existencial moral. El protagonista, Kanji Watanabe, ha entregado su vida al tedio, no tiene

¹⁹ Snowden consideraba las acciones del gobierno ilegales al violar la intimidad y libertad de expresión de los ciudadanos. Una utilización de los aparatos del Estado para usos políticos, económicos y privados que "sacrificaban los derechos humanos básicos" (Stone, 2016).

voluntad, ni pasión, en su vida mecánica, subsiste y "lo que hace es solo matar el tiempo" (Kurosawa, 1952). A 6 meses de su muerte surge la pregunta ¿qué debe hacer? Y surge como posible solución el suicidio que evita el dolor, mas opta por "vivir", aun sin saber cómo.

En un primer momento, considera como propósito de la vida y sus actos la satisfacción de apetitos, pues "gozar de la vida es el deber del hombre" (Kurosawa, 1952) y creyendo que olvida el dolor, dedica parte de sus últimos meses a los excesos. No satisfecho con ello, se vuelca sobre él la duda "¿para qué he estado viviendo hasta ahora?" (Kurosawa 1952), ¿cuál ha sido el propósito de mis acciones y cuál será el de las futuras? Arrepentido, de una vida adolorida e improductiva, para él y la sociedad, en la que ha vivido mecánicamente procurándose solo el simple 'vivir a pesar de...' reflexiona que "la desgracia enseña al hombre la verdad" (Kurosawa, 1952) sobre sí mismos, su vida y su acción.

En su condición de servidor público, Watanabe puede tanto aumentar la burocracia y demorar tiempos de proyectos que benefician la comunidad, como también agilizarlos y llevarlos a feliz término. Por ello, decide como última acción de su vida, descubriendo el valor de la moral, apoyar un proyecto de saneamiento de una comunidad que lo necesita y que él mismo había negado. Su propósito no es la fama, es solo el deber como empleado del Estado. Como hombre consciente de contribuir al progreso de los ciudadanos, de la Nación y de sí, entrega sus últimos esfuerzos a la consecución del saneamiento y antes de morir, Watanabe ríe ante la satisfacción de haber cumplido con su deber.

Un placer moral, como el mismo Kant escribe, es un valor "tan grande que no puede haber en lugar alguno un interés más alto, un provecho que se diferencia de lo agradable o desagradable, de la felicidad o infelicidad que comparado con este no son nada [al superar] mucho más allá de todo lo que la sensibilidad puede darle" (GMS 452:20).

Si las acciones de Snowden o Watanabe, o de quienes han hecho de la moral el pilar de sus actos, no son comprendidas "significa que este mundo es demasiado cruel" (Kurosawa, 1952). El quehacer moral estriba en la razón, la moral autónoma y libre. No se trata de desfallecer ante las inclemencias propias de la vida, o ante las desgracias que se presentan en el camino humano. El hombre vive y conforme a esto, tales infortunios no son motivo de desánimo, no poseen ninguna significación existencial, ni como sentido ni como finalidad, y su absurdo no es excusa, ni razón

suficiente, para el incumplimiento de la moral. Y aun cuando ello se incumpla, tal mandato de la razón es el deber ser para todo hombre.

Bibliografía

- Bauman, P. (2004). Kant y el Yo. *Dossier, estudios de filosofía, historia, letras*. (71). 79-89.
- Beckett, S. (2006). *Final de Partida*. Argentina: Tusquets Editores.
- Blumenberg, H. (2011). Necesidad e imposibilidad de consuelo del ser humano, en *Descripción del Ser Humano*, (pp.465-489). México: Editorial Fondo de Cultura Económico.
- Bubber, M. (2014). “Las Preguntas de Kant”. En *¿Qué es el Hombre?*, (pp. 11-23). México: Editorial Fondo de Cultura Económico.
- Carrillo, L. (2015). Idealidad y Realidad del Tiempo. En P. Stepanko- L.E, Hoyos (Eds.), *Compendio Kant: Crítica de la Razón Pura*.
- Cassirer, E. (2011). “Primeras Repercusiones de la Filosofía Crítica”. En *Kant, Vida y Doctrina*, (pp. 258-273). México: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Cioran, E. (1991). “Algunos encuentros con Beckett”. En *Ensayo sobre el Pensamiento Reaccionario*, (pp. 113-122). Colombia: Tercer Mundo Editores.
- Kant, I. (1988). *Lecciones de Ética*. Barcelona, España: Editorial Crítica.
- Kant, I. (1989). *Metafísica de las Costumbres*. Argentina: Editorial Altaya.
- Kant, I. (1996). *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres –GMS-*. España: Editorial Ariel.
- Kant, I. (2010). *Filosofía de la Historia*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Kant, I. (2011). *Sobre el fracaso de todo ensayo filosófico en la Teodicea*. España: Ediciones Encuentro.
- Kant, I. (2012). *Crítica de la Razón Práctica -KpV-*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Kant, I. (2013) *Crítica de la Razón Pura –KrV-*. México: Editorial Taurus.
- Kant, I. (2014). *La Deducción Trascendental y sus Inéditos, 1773-1788*. Colombia: Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Kurosawa, A. (director). (1950). *Rashomon* [Cinta Cinematográfica]. Japón: Daiei.
- Kurosawa, A. (director). (1952). *Ikiru* [Cinta Cinematográfica]. Japón: Toho Company.

- Jenofonte. (1993). "Económico". En *Recuerdos de Sócrates: Económico, Banquete, Apología de Sócrates*. Trad: Juan Zaragoza. España: Gredos.
- Lichtenberg, G. C. (2006). *Aforismos*. España: Edhasa.
- Lledó, E. (2014). La raíz del mal está en la ignorancia, el egoísmo y la codicia. *Lecturas sumergidas* (15). Recuperado de: [https://lecturassumergidas.com/2014/06/27/emilio-lledo-la-raiz-del-mal-esta-en-la-ignorancia-el-egoismo-la-codicia_/](https://lecturassumergidas.com/2014/06/27/emilio-lledo-la-raiz-del-mal-esta-en-la-ignorancia-el-egoismo-la-codicia/)
- Mo-Yan (2012). *Discurso Nobel: Cuentacuentos*. Fundación Premios Nobel. Recuperado de: https://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/2012/yan-lecture_sp.html
- Mosterín, J. (2008). *Lo Mejor Posible, Racionalidad y Acción Humana*. España: Alianza Editorial.
- Nabokov, V. (2014). *Cuentos Completos*. España: Editorial DeBolsillo. Recuperado de: https://books.google.com.co/books?id=4eoODQAAQBAJ&pg=PT824&lpg=PT82&dq=nabokov+la+muerte+propia+y+la+propia+conciencia&source=bl&ots=qfgxrvBL1&sig=hPW9_n7wo-gvjVmuum8fmNNIM3U&hl=es419&sa=X&redir_esc=y#v=onepage&q&f=false
- Nagel, T. (2000). *Ensayos sobre la vida humana*. México, México: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Platón. (1871). *La República*. Trad: Patricio de Azcárate. Madrid: Medina y Navarro Editores.
- Unamuno, M. (2008). El hombre de carne y hueso, en *Del Sentimiento Trágico de la Vida*, (pp. 7-22). Buenos Aires, Argentina: Editorial Losada.
- Zweig, A. (Ed.) (1999). *Kant, Philosophical Correspondence*. Massachusetts, Estados Unidos: Cambridge University Press.